

## EL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR \*

POR ANDRES IDUARTE

**H**AY un Bolívar no más, el Bolívar-Bolívar, Don Quijote Bolívar, el Hombre-Hombre. Quijote, Bolívar, Hombre: sinónimos unamunescos. De este Bolívar no se puede hablar más que con recio acento vascuence y con palabra troquelada en hierro de vieja lengua castellana.

Se han manufacturado neciamente y se manufacturarán aún otros bolívares, otros bolívares que merecen la minúscula como las monedas para las que un nombre se transformó en apodo: un bolívar francés, un bolívar mestizo y un bolívar ruso. ¿De Francia, de la raza cósmica y de Rusia? . . . No: salieron sietemesinos o en aborto más imbécil que criminal, en nuestra pobre América, víctima siempre de las falsificaciones. Falsificaciones de toda especie, desde la del vino Rioja hasta la de un André Gide con su vicio y sin su genio . . .

Salió el bolívar francés, el bolívar de los que paren letras por gala fecundación, porque su mente femenina fecundación ajena necesita. El bolívar de los que manchan papel en español galaico, de los que se quedaron con la tinta volteriana entre las venas, tinta escéptica que les corroe la carne y les brota en cinismo y en sarna intelectual, porque es sangre robada, porque no es la suya. Este es el bolívar de los literatos, quiere decir hombres a medias, quiere decir semimujeres, quiere decir emasculados. También el bolívar de los idealistas de melena y baba, que se sienten Dantones y Robespierres, de los que leyeron "Los Girondinos", de los que se atoraron en el liberalismo, de los que no tienen espiritualmente ni demarcación ni raigambre.

¿El bolívar mestizo? . . . Lo amestizaron o lo van a amestizar. Tuvo o va a tener frases bonitas y ninguna ideología, verbo selecto y no el verbo en monte—en monte que se desquebraja—que nuestro Bolívar tuvo. Nos han dado y nos van a dar por Bolívar un Santander gritón e invertebrado, ni siquiera apto para la facilísima labor de matar. Ha estado o va a estar—estar, no ser, que es el verbo divino—nacido en sangraza de la conjunción de veinte libros ajenos con sensiblería de raza síntesis. ¡Veinte libros ajenos! Veinte, más un alma

\* Trabajo que obtuvo el primer premio en el concurso abierto por la Universidad Nacional con motivo del centenario de la muerte del Libertador de América.

sin armazón, una sub-alma absorbiéndolos y diluyéndolos. Consecuencia: el bolívar amestizado, el bolívar de la cultura mestiza, el bolívar de la *descultura*. Habrá de estar de mil formas y maneras, pero nunca será. Ser amorfo es no ser. Lo fabricaron o lo fabricarán los poetas que confundirán el rayo de Bolívar con "el machete de cualquier generalazo de selva americana"; y los eruditazos—doctores Topsisius que no sólo en Alemania malnacen—que entrarán con mirada zahorí en un alma tortuosa y en pavorosos secretos que nuestro Bolívar—entero, neto, cabal—tampoco tuvo. Ya hemos tenido y vamos a tener todavía bolívares mestizos, bolívares mescolanza, bolívares en petate y bolívares en merengue. Y todo eso, manufactura de la mentalidad sin molde, de la mentalidad híbrida, de la mentalidad revoltura, de la submentalidad sin demarcación ni raigambre.

¿Y hay un bolívar ruso? . . . Si no lo ha habido, lo habrá. Porque lo ruso nos inficiona, no porque sea ponzoñoso lo ruso, sino porque la sal disuelve las babosas de los estanques. Un bolívar que va a tener algo de Karamazov; de Mitya, el impulso; de Ivan, la duda. Y también de Sachka Yegulev: pureza para hacerse fracasar, fe para morir como los asesinos santos, sin ideología, estérilmente, infructuosamente. Misticismo ruso que sube al cielo y en él se pierde, no misticismo español unamunesco, bolivaresco, que toma a Dios y lo baja al mundo y con El y con Santiago hace y deshace. Santo Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola, Teresa la Santa, para nosotros; no Karamazov, no Yegulev, no Kolesnikov. Misticismo ajeno que en tiempos de la rusofilia—ojalá rusofilia: rusomanía—quiere encajarse en quienes tuvieron el misticismo hispánico, tan grande y tan nuestro. Misticismo hispánico clásico, "espontáneo y no erudito, moral y no metafísico: la voluntad de Dios encarnada en los hombres". Misticismo humano, de masiado humano, y tan divino; terrenal y tan celestial, tan cósmico—aquí sí lo cósmico. "Transformación de la caballería—caballería a lo divino—, individualismo hecho religión." No se le ponga a Bolívar ropa de santo. No lo fue y era claro que no lo fuera, ¡tan Hombre! No demasiado Hombre: la cifra máxima, pero dentro del compás Humanidad. Paradigma e ideal de Hombría: y es maravilla cuando el ideal se casa con el paradigma. No superhombre, sino el Hombre elevado a la mayor potencia, hermanándose la cifra con el Infinito. No pedantesco *uebermensch*, apunta Unamuno, sino el Hombre todo Hombre "no el que quiere y no logra, sino el que realiza." El hombre español que nació en el solar español de América, amó y odió en español y fue a expirar bajo el techo español del español que fue el Marqués de Mier. Su misticismo no tiene ni puede tener nada de ruso.

Pero por encima de los mil bolívares resplandecerá uno, uno, uno. El Bolívar solo, el Bolívar único. Polifásico, sí, ecléctico, sí, pero único. El único a quien Sainte-Beuve señaló y a quien Pereyra y Fombona

pirograbaron en las almas: "el joven romántico de 1804, el diplomático fastuoso de 1810, el jacobino feroz de 1813, el paladín de 1819, el estadista de Angostura, el *imperator* de 1825". Todos fundamentales y un único Bolívar. Desde el de los bigotes caudillescos y los ojos homicidas de la guerra a muerte, hasta el que Pereyra nos dio, en florida imaginación filial, haciendo sobrevivir veinte años a Bolívar y a su biógrafo, y en la mansa y pensadora Bruselas, en posición sedente, "con la cabeza fatigada y triste". Desde el peleador hasta el desiluso, hasta el maldiciente, hasta el moribundo, hasta el Bolívar muerto y sepulto. Único y solo. Don Juan conquistando pueblos y corazones. Alonso Quijano vuelto a la amarga razón y desiluso. Suma y compendio de Bolívar, de los Bolívares con mayúscula. A su lado, Sancho, un gran Sancho, el Sanchote que es el Continente mestizo y criollo.

Del Bolívar-Bolívar se hablará. Del Bolívar que tiene deber de amar la juventud joven, y sólo ella. Deber y derecho de amarlo. Todos los bolívares franceses, mestizos y rusos no serán sino la consecuencia del Centenario, esto es, de la moda y del artificio. Bolívares inadmisibles: los bolívares mutilados, los bolívares cojos y mancos, los bolívares acéfalos y acárdicos.

Encima de ellos el Bolívar que con sus brazos alcanza—él lo dijo majestuosamente en su carta a Páez—del Plata al Orinoco; que atraviesa mil leguas de montañas como dolores y de dolores como montañas; que va con sus piernas cansadas de abatido San Cristóbal, hollando la hojarasca de la ilusión de otros tiempos, a darse a la muerte, católicamente, en San Pedro Alejandrino. El Bolívar-Bolívar, hispánico en la guerra, hispánico en la hora última, unamunesco, quijotesco. El Bolívar de Unamuno, de Pereyra, de Fombona. Nuestro Bolívar, el Bolívar de la América amarga.

A este Bolívar estudiamos hoy porque siempre lo estudiamos antes. A este Bolívar, como homenaje de juventud enhiesta.

\* \* \*

Todos los hombres tienen una historieta y algunos pueden sumarle una historia. La primera, sin moraleja; la segunda, con moraleja y enseñanza. Los hombres con historia son el representativo de Emerson, el superhombre de Nietzsche, el héroe de Carlyle, el Hombre de Unamuno. El biógrafo de Bolívar nunca podrá ser—si siente al personaje—un narrador de historietas. Todas las empresas que acometió Bolívar, todas las palabras que Bolívar dijo, no son la verdadera obra de Bolívar. Son los ornamentos de la obra, y el esqueleto de ella es el que hay que buscar y precisar. No es Bolívar el microbio a quien el microbio de laboratorio pueda escudriñar con el microscopio. Hay

que ver la vida de Bolívar y entender dentro de ella, detrás de ella, el armazón de los cien músculos acoplados del Genio. Fue Bolívar un orador, pero algo más que eso; un escritor, pero no sólo un escritor, un militar, pero "entre otras cosas", un estadista; pero no le bastó ser un estadista. Fue—Vicuña Mackena lo dijo—"la multiplicidad de las facultades del Genio". En el fondo de sus obras como escritor, como estadista, como militar, es que se halla la fuente generadora de su grandeza. Es allí que está su ideología, saliéndosele en las frases de sus proclamas hirvientes, brotándosele en las órdenes de las acciones guerreras, armonizando en todo tiempo y lugar su personalidad poliédrica y sorprendente. Bolívar necesita ser entendido más que examinado; sentido, más que analizado. Comprensión y sentimiento que hacen al Bolívar nuestro, al Bolívar-Bolívar, el único que aún puede importar a la América desilusa y amarga. Lo que tuvo de vida lo tiene aún, y habremos de tomárselo para echarlo a dar fuerza al cauce humano. Por eso en su biografía debe haber más ensayo de interpretación que manoseo erudito de polvorientos papeles. Que Bolívar juró en el Aventino o que imprecó en medio del espanto del terremoto de Caracas; que amó a Fanny o dejó de amar a Manuelita la Bella cuando la calificaba de loca. . . Detalles que juntos dan la clave, para poder pasar a la historia desde la historieta. Pero no es la historieta en sí misma lo que merece la atención del biógrafo. Martí—otro hombre también de historia—escribió que "no mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y los caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso de historia la biografía de un hombre prominente". Un curso de historia. . . Aunque cabe a tiempo subrayar que en Bolívar culminaron los caracteres del pueblo español y más precisamente los de la minoría criolla que en el virreinato se hizo un alma particular y característica y no los elementos del pueblo americano, porque pueblo, dentro de la definición estricta de Derecho Público, ni lo ha habido ni lo hay en América. Por semejante reciocinio llegó José Verissimo a afirmar que Bolívar fue "un producto del medio social, un producto no natural, sino milagroso".

Sentir a Bolívar, interpretarlo, entenderlo. He aquí el camino para un biógrafo honrado. Nunca el microscopio del novelista aplicado a una montaña. Esto queda para los Salavin y las Desqueyroux, para los microbios, no para los hombres.

\* \* \*

Hay un "señorito satisfecho" y un "pre-Bolívar" antes de llegar al Bolívar-Bolívar. Las contingencias y su genio harán—en combinación maravillosa—que el apellido merezca adjetivarse a sí propio. Pero para la integración habrá de sufrir en su juventud el peso de la

tradición y los fuetazos de la existencia. Bolívar se hizo a golpes despiadados de vida. Nunca podría haber hecho aquel espíritu rocoso ni la pobre lima universitaria ni la intrascendente meditación libresca. Bolívar sólo podría llegar al pensamiento o a la acción a base de fuetazos. Bolívar no podía lograrse más que a secos golpes de martillo. El metal no se dibuja ni se recorta como la argamasa: se maltrata y se troquela.

## LA HISTORIETA

### EL SEÑORITO SATISFECHO

Bolívar nació en Caracas el 24 de julio de 1783. Nació. . . Palabra que sólo tiene una importancia circunstancial y no intrínseca. Nos importa porque ese nacimiento lo puso en la colonia española, entre encajes de familia criolla de alcurnia, en un ambiente que sería batido por los vientos revolucionarios de Francia y que recibiría el ejemplo de Norteamérica, "el ejemplo, aún caliente, de cómo se hacen libres los pueblos". Una infancia de casona rica y de sol americano de San Mateo; de tradicionalismo colonial y de amplitud de horizontes campesinos. La orfandad dando libertad al mozo, y rebeldía, y atrevimiento, y *elan*. Es la primera fragua del Hombre: la infancia sin cariños que detengan, sin mimos que desvirilicen. Ha habido escritor actual de izquierda que asiente que hay que preferir al huérfano como preparado para la vida, por la sencilla razón de que nunca será un borrego. Allí está la razón de los que piden la disolución de la familia burguesa moderna, como base de una mejor preparación del individuo para la pelea humana, limpio de prejuicios, libre de comodidades feminizantes. . . No creemos tanto; pero en el caso de Bolívar, ¡bendita orfandad! Después, el viaje a España, haciendo escala en México, escala que dio a Bolívar ocasión de pisar la tierra florida de Jalapa, de oír la campana angélica de Puebla, de sentir la más opulenta ciudad del virreinato, México silencioso y monumental. Eran los tiempos en que el Príncipe—sí, Bolívar tuvo mucho de Príncipe: ocio, derroche, disipación, mando—escribía hijo con y griega y servidor con *b* labial. Su charla irrespetuosa con el Virrey Asanza, a quien fue presentado por el Oidor Aguirre como criollo de familia linajuda, sí se compagina con su ignorancia. Puede haber sido, es más lógico que haya sido a que haya dejado de ser. Pero no es base de nuestro Bolívar. Es sólo la vivacidad de sudamericano, la insolencia de señorito satisfecho. Como esa charla deben haberse oído mil charlas de gentes que terminarían por ser honestos padres de familia, digestivos y genésicos papás. A los diez y seis años todos tienen algo de genios, y a los cincuenta años ¡qué pocos lo son! La vida va arrancando paulatinamente—¡y con qué dolores!—cabello, dentadura, ideal y hasta decoro.

Va Bolívar a España a hacer su vida de señorito satisfecho, el señorito satisfecho que en libro reciente dibuja Ortega y Gasset, el señorito lastre y vergüenza social. En Madrid entra a la vida aristocrática. Y un día da un pelotazo, en juego, al entonces Príncipe de Asturias, después Fernando VII. Un pelotazo que tampoco entra en el esqueleto del Bolívar-Bolívar. Va a Bilbao, se enamora, sigue a Francia siendo Primer Cónsul Bonaparte. Pero tiene que regresar a España, porque París con el corazón enamorado no es París: más tarde habrá de descubrirlo con el encanto de su diáfana sabiduría ateniense, con el hechizo de su vicio internacional. Tiene que regresar. . . Y en Madrid se casa con "mi señora doña Teresa de Toro y Alaiza". Va realizándose el criollo rico, el Señor, el estanciero que habrá de orar en la santa quietud del virreinato. Hasta aquí ¿adónde está el rebelde Simón Bolívar?. . . Bolívar aún no se perfila, ni siquiera él mismo se sospecha. Una discusión y un pelotazo también están en los anales de veinte muchachuelos nobles del virreinato.

Pero la vida lo azotará con crueldad, como lo necesita. ¡Crueldad tan útil en la adolescencia satisfecha! A los diez meses de efectuado su matrimonio, su mujer muere en sus posesiones de Venezuela, adonde Bolívar la había llevado a pasar los primeros tiempos de amor. Primera piedra del Bolívar: ya hay tragedia, ya hay amargura. Y ellas darán la ruta. Bolívar casado, Bolívar marido, Bolívar papá, no hubiera sido más que alcalde de San Mateo. Aunque en 1827 él dijera a Perú de Lacroix—y razón le sobraba entonces—que "su genio no era para alcalde de San Mateo". Pero sólo eso hubiera sido, eso, eso, y acaso menos.

Rico y triste, busca consuelo en el vicio. Y el vicio también le será útil, porque es cruel. Útil como a San Ignacio, útil como a San Francisco. Vuelve a Europa. Lleva "tren de príncipe" en Madrid y en tres meses gasta en Londres ciento cincuenta mil francos, ¡y francos de aquellos! Ya en Lima había despilfarrado ocho mil duros en agua de colonia. Y este derroche sí amplifica el alma del mozalbete millonario. Lo hace generoso, le ensancha la prodigalidad. No envenenó su juventud el pan negro de la miseria, saboreó el ocio utilísimo para toda imaginación en trabajo, no padeció la influencia acanallante de la inopia. Por eso vivió limpio de odios para el mundo, libre de rencores para los hombres. Si Bolívar hubiera visto la cara de hereje de la pobreza, la hubiera desafiado como Raskolnikof. Fatalidad económica: Raskolnikof rico, hubiera sido un Bolívar, un derribador de Zares, y Bolívar pobre hubiera acaso acabado en otra Siberia, con la obsesión del hacha ensangrentada, como el maravilloso estudiante moscovita.

"París lo consuela y lo pervierte para no dejar de ser París." Santo consuelo y santa perversión. En París se integra el hombre. Entiende el mundo, entendible sólo con el descubrimiento de la mujer. Conoce el bajo fondo humano. Y el *alto fondo*: se enamora de una

mundana, lejana parienta suya, Fanny Dervieu de Villars. Ama goza, sufre. Tiene veintidós años: entra en la juventud. Su matrimonio no es, varonilmente, nada en su vida: estaba en la adolescencia, al margen del amor, dentro del primer amor-engaño, del primer amor-capricho. Es en París—sagrada enseñanza—en donde Bolívar descubre sexual y espiritualmente a la mujer. Así ya podrá aspirar un día a ser el Hombre.

Y la vida lo maltrata otra vez. Decepcionado, enfermo, recorre Europa en viajes a pie. Su preceptor, don Simón Rodríguez, le "plutarquiza rousseaunizándole". "Ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan", dice Montalvo. Le sobra personalidad para el aula, le sobra inquietud para la fría página del manual. Pero Plutarco sí le ha tendido un lazo. Bolívar cae, y para siempre. Y Napoleón—tan plutarquiano—lo seduce y lo enferma de gloria. Bolívar se siente ya un gran activo: presiente su fuerza. Ya está en camino de ser un caudillo a la americana, o un ideólogo sin rienda. Es entonces cuando exclama en el Aventino que independizará a un mundo. Es ya una imaginación amazónica encaminada hacia un punto: ¡ser muy grande, como Teseo, como Alejandro, como Aníbal, como el corso asesino de pueblos! A Bolívar le preocupa mucho Bolívar. Ha llegado a la reflexión. El vicio cansa, el mismo desorden en los estudios exige la encuadración a la mentalidad clara, los veintidós años piden al talento del joven las recapitulaciones, para saberlas aun cuando no sea posible seguirlas. Es entonces que el señorito satisfecho va a dejar de serlo.

Y aquí sí cabe hablar de la tradición, y no antes. Porque la tradición regula y modera al hombre, no al niño de dos años. Por eso el árbol genealógico no indica nada en sí, pero mucho como mandato a los hombres. Bolívar sabe que el primer Simón de Bolívar, de América, fue Procurador General ante la Corte por los pueblos de Venezuela; sabe que su tatarabuelo fue Corregidor y Justicia Mayor de los Valles de Aragua; que el bisabuelo fue Alcalde de Caracas; que el abuelo fue un fundador, y que su padre, don Juan Vicente Bolívar, supo guardar la adustez clásica de la nobleza. Sabe que es un patricio. Sabe que tiene en San Mateo propiedades que se merman por su ausencia y por su derroche, y que la miseria es la gran enemiga de la grandeza. La escuela de las mujeres en París—la más útil de las escuelas—, la influencia de Rousseau y Plutarco—ideas sueltas, en manajo irregular, casi ni en manajo, pero siempre exaltantes de la personalidad humana—, los torcedores internos del amor, la infalible enfermedad secreta, la edad de las recapitulaciones, la tradición y el recuerdo de la tierra... Y la comprensión de su propio talento, de lo que tenía tras de la frente. Y un mundo convulso, un mundo del que el pulso estaba y está en París. Hay más allá del mar un Continente áspero, como para un aristócrata vasco, con tradición, talento y riqueza: las tres

riquezas fundamentales. Bolívar se sabe eso: un aristócrata. Y lo es, en la exacta acepción del vocablo: hombre de minoría para gobernar.

Y quién sabe si la estirpe es la que habla, si es el rudo molinero del Ondárroa quien le dice en la abrupta lengua de su páramo que tiene que ser recto y adusto como los antepasados. Y la estirpe de los Villegas, uno de los cuales estuvo en las Navas de Tolosa, y cuyos herederos supieron conquistar en América; y la de los Guevaras, que se pelearon la primacía con la familia de Castilla, también le exige denuedo y gloria. Denuedo y gloria sumados a las añejas y severas virtudes del ascendiente vasco. Pero si no es la sangre, si no es la estirpe, cuando menos sí siente Bolívar la tradición. Tiene un impulso en el pasado, un nombre que honrar, una pauta que seguir. Un Bolívar, un Villegas, no va a vivir en París haciendo filosofía hedonista, y menos entregado a un rastacuerismo miserable en la rue de la Paix. A los veintitrés años se imponen a Bolívar los ejemplos de la familia progenitora. La tradición ordena a este joven sensual y manirroto una conducta de Señor, inapelable, indiscutible, irrefutable.

Es entonces cuando el mozalbete deja de ser el señorito satisfecho para entrar a ser el pre-Bolívar. Ya lo veremos en Caracas en espera de su momento. El juramento en el Aventino—a pesar de que lleva impreso “el clásico acento de los impostores”—y su retorno a Venezuela son las fuentes determinantes del pre-Bolívar y constituyen el adiós definitivo a la vida intrascendental de mariposa.

#### EL PRE-BOLIVAR

Tiene veintitrés años, ha sabido derrochar y amar, guarda en el pecho un poco de amargura y esconde una fe muy grande en sus destinos. Conoce el mundo: Europa, con su sabiduría; la Unión Norteamericana, de los hombres maquinizados y las máquinas humanizadas, futuro campo de las más bárbaras luchas sociales. Plutarco poseerá por entero al pre-Bolívar, y en parte poseerá al Bolívar hasta su muerte. Bolívar se dedica—“ha sentado cabeza”, dirán sus parientes—a rehacer salud y riqueza trabajando en su espléndida finca de San Mateo. Allí, inquieto como siempre, leerá los clásicos, solidificará su cultura dispersa y brillante, hecha más de fantasías y viajes que de lecturas hilvanadas. Y aprenderá “a domar potros y a atravesar a nado los grandes ríos”. Aprendizajes básicos para el que quiere ser mandón en América, el Gran Mandón en las selvas vírgenes pobladas de Páez con impulsos de jabalí, de Santander con ponzoñas de crótalo. De la vida en San Mateo saldrá un joven listo para sobrepujar todas las inclemencias. El Príncipe se prepara para el trono, no menos de lo que se preparó Solano López.

Ya la expedición de Miranda—el “criollo sin arraigo”, el brillante aventurero que se dedicó a pelear por pelear, a ser Libertador como quien se dedica a agente de ventas: con la misma actividad y la misma falta de toda ideología—, ya la expedición de Francisco de Miranda había dejado en la América un primer polvorín, pero fallido. Con todo, caldeó el ambiente. El criollo rico era menospreciado por el “gachupín juanetudo”, como expresa gráficamente Bulnes. El sentimiento de la nacionalidad tenía que nacer en el criollaje a causa de ese mismo menosprecio. Bolívar, arrogante, seguro de su papel trascendental en el mundo, criollo acaudalado, empieza a dar manifestaciones de desasosiego. Asiste a reuniones, levanta la voz en lugares públicos, maldice y amenaza. Emparan, Capitán General, su amigo, le aconseja partir y evitar así las inevitables dificultades que traerían para él sus manifestaciones de rebeldía. En sus mismas propiedades del Tuy está Bolívar a la expectativa. Y al fin conspira—aún no como jefe—y la revolución prospera, y un día el Capitán General es depuesto, y Bolívar, en comisión de los levantados, va a Inglaterra, acompañado de Luis López Méndez y de don Andrés Bello, su antiguo maestro, a solicitar ayuda para la causa. Misión diplomática que él mismo sufraga fastuosamente. Es 1810, es el pomposo diplomático de que habló Sainte-Beuve. Vuelve sin buen éxito, pero con Miranda—bandera y jefe—a su lado. Van a organizar Venezuela, declarada independiente el 5 de julio de 1811 por una asamblea de ilusos a quienes Bolívar flagelará después. En 1812, Bolívar, plutarquiario, amenaza con someter a la Naturaleza “si se opone a nuestros designios”, ascendiendo por unas ruinas, en pleno terremoto. Más tarde, improvisado coronel, va a defender la plaza militar de Puerto Cabello, y la pierde “por su culpable descuido”. Miranda, decrépito o decepcionado de las plebes de América, que no correspondían como los ejércitos que él dirigió en los Estados Unidos y en Francia, se bate en retirada: todos se le insubordinan, Bolívar incluso. Y es que Miranda, con política de componendas, con táctica de capitulaciones, lo necesita y lo merece. Preso va a España en donde muere en una celda de Cádiz, años después. Esto servirá para atacar a Bolívar eternamente e innoblemente. Bolívar consigue pasaporte para Cartagena. Primera ausencia con aristas de destierro, que empieza a forjar al Hombre. La derrota lo enseña a meditar. Va a Colombia a luchar por la libertad. Recupera el río Magdalena e inicia su paso de triunfador hacia Venezuela, a sangre y fuego. Es entonces que aparece el Bolívarf atídico, en respuesta a Boves, a Monteverde, a Zuazola. Es la guerra a muerte. Es entonces su proclama tremenda de Trujillo: “Españoles y canarios, contad con la muerte, aunque seais indiferentes; americanos, contad con la vida, aunque seais culpables”. Crueldad ibérica clásica, justicia—o injusticia—como la de Don Quijote, “rápida y ejecutiva”; horror de tierras carlistas... Es la lucha sin ideología en un medio sin ideología; porque hasta hoy siguen buscando los historiadores la ideología de

una independencia que nació por contingencias y se realizó por contingencias. Bolívar entra también, para no dejar de ser humano, al alud terrorífico. "Luchaban los españoles con sus hijos", dice Juan Vicente González, el historiador de la avalancha sangrienta. Pero el español de Venezuela se rehace y Boves arrastra al triunfo y al crimen al llanero infatigable. Bolívar, en derrota, va a Colombia. Por intrigas sale expulsado: aún no es el amo. Jamaica, la cuna del Bolívar pensador, en la que escribe páginas de sociólogo, le da refugio. Pasa después a Haití, en donde lo protege Petión, y con su ayuda emprende dos expediciones a Venezuela, la primera fracasada, la segunda en peligro de fracasar. Bolívar, a esa hora, ya ha peleado, ya ha escrito. Su orgullo ilimitado se tiembla con las adversidades, su inteligencia se afina al contacto de la realidad y con el parangón de otros pueblos americanos. Sus armas y su talento van de nuevo a la lucha para purificarse.

#### EL BOLIVAR - BOLIVAR

1818: el año de las derrotas.

1819: el año del Congreso de Angostura, en donde expone Bolívar las ideas que más tarde habrán de formar la Constitución de Bolivia. Es el estadista formidable, como no lo hubo en América antes de él, como no lo ha habido después. Sus pueblos ignoran aún lo que él desde entonces supo. Al mismo tiempo organiza el ejército. Ya cuenta con auxiliares: la pericia y la barbarie. La pericia de militares ingleses; la barbarie de Páez, el jefe de los llaneros, ahora contra el virreinato. La lanza de Ambrosio Bravante ya había atravesado, para dicha de los rebeldes, al invencible Tomás Boves, tipo el más fabuloso de la guerra a muerte, hermano de Facundo Quiroga, precursor lejano de Pancho Villa. Y en ese mismo año, el paso de los Andes, en el que "cada montaña es un jalón de victoria". El ejército atraviesa los llanos inundados y desafía el frío de los montes: en Nueva Granada descienden unos puñados de espectros. El juego seguía una combinación admirable: obraba el estratega. El 7 de agosto, en Boyacá, da Bolívar su primera gran batalla, que le abre las puertas de Santa Fe. Entonces el estadista crea la Gran Colombia, bajo su férula. Todo de un golpe: jefe político y militar a un tiempo mismo. Al dejar él de ser, el mundo suyo ya no será.

1820: otro gran año. En Trujillo corrige su viejo error. Humaniza la guerra. Morillo, en Santa Ana, lo cita y lo abraza. Le da así el espaldarazo, lo eleva al rango de gran enemigo, le rinde pleitesía. La tregua terminada, Morillo parte a España, y en Carabobo, inmortal llanura en que se da una batalla más perfecta que la de Austerlitz aplasta Bolívar al jefe Latorre. Carabobo le abre las puertas de Vene

zuela. En medio de la lucha Bolívar gestiona la apertura del Canal de Panamá, logra que se inicien los trabajos poco tiempo después abandonados, da al mundo la idea de unir los dos Océanos, idea que habían de aprovechar un siglo más tarde los Estados Unidos de América.

Mucho qué hacer tuvo en la patria recién creada en 1821. En 1822 el Americano va a liberar América. En marcha de gigantes pasa al Ecuador. Bomboná le da el paso a Quito. Vence a la Naturaleza, asciende al Chimborazo, tan alto como gloria. Rumbo a Guayaquil. Abraza a San Martín. San Martín, grande o pequeño, se elimina de la lucha. Que los enfermos de patriotería ridícula discutan lo que no tiene discusión, establezcan otro paralelo imposible. El Perú lo llama. En 1824 da la batalla de Junín, "que pertenece a la Estética", a golpe de sable, sin un solo disparo. Presenta su Constitución de Bolivia después de recibir el homenaje del pueblo altoperuano. Sucre, en su nombre, da la batalla de Ayacucho, término de la lucha de independencia en América. "Ayacucho, como el Chimborazo, había de decir Bolívar en homenaje al subalterno y al amigo, levanta su cabeza erguida sobre todo." Organiza el Congreso de Panamá, dando el primer paso de su viejo ensueño de Confederación Americana.

Bolívar ha terminado su epopeya. Va a sufrir ahora con la farsa democrática que lo llevará a la odisea y a la tumba prematuramente envejecido. Las Repúblicas son "danzas de cafres". Santander y Páez representan los cacicazgos insurrectos. Bolívar no quiere matar: siente hundirse la América. "Todo, todo es arar en el mar." Abraza a Páez en vez de fusilarlo. ¿Para qué? . . . "La anarquía es la hidra de las cien cabezas." El Congreso de Ocaña falla: Bolívar lo disuelve, ya sin una gota de fe. Es el Dictador, y los que lo creen el vulgar caudillo, atentan contra su vida. La nefanda noche septembrina y el nombre del primer asesino, Carujo, son la maldición de América. Personalmente Bolívar está vencido: no procede, piensa que ya nada vale la pena. "La América es ingobernable." Internacionalmente un sueño se le hunde: Perú declara la guerra, desconociendo el *uti possidetis juris* de 1810. Sucre es el caballeresco vencedor del Perú. Páez se insurrecciona nuevamente: Bolívar es expulsado de Venezuela. "Todo es efímero en este mundo", dice el filósofo en el puente de la Trinidad. Venezuela lo llama "causa única de todos sus males". Los galeotes y los filisteos saben arrojar piedras sobre los redentores. Bolívar habla al Congreso de Bogotá en palabras definitivas. "La Independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás." Pero aún tiene una esperanza. Es el derrotista reincidente—hubiera reincidente siempre si hubiera vivido—el que agrega: "Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad". Sin embargo, ya es el Desiluso, cuyas máximas merecen veinte libros. En Cartagena de Indias se entera de la esinato de Sucre, muerto en

Berruecos, en emboscada innoble. "Se ha derramado la sangre de Abel." Los galeotes ya se llaman Caín. ¡Pobre América! . . . Bolívar sigue a Barranquilla. Bolívar no puede sobrevivir a su tragedia. "Esto no tiene remedio, esto no tiene remedio." Cuenta cuarenta y siete años y parece un sexagenario. Está vencido por su pureza. Si quisiera ser el caudillo, todos lo adorarían nuevamente. Pero él no quiere: "prefiere morir". Va a Santa Marta. En la quinta del Marqués de Mier, hospitalario español, se recoge: tuberculoso, pobre, amargado. El diez de diciembre de 1830 cae sobre la América su perdón, perdón compasivo y quizá desdeñoso. Nos perdona peor que si nos maldijera. "Todo lo dio, salud y riqueza, y sólo recogió—dice Alberdi—pobreza, abandono y olvido." "Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido tres grandes majaderos" . . . Majaderos, majaderos por haber liberado a quienes no lo merecieron nunca.

Es el diez y siete de diciembre de 1830.

\* \* \*

Esta es la historieta de Bolívar. Historieta entreverada de historia, porque en Bolívar cada gesto es trascendental, con raigambre en el pasado y en proyección al futuro. La historieta es tan larga que por momentos fatiga contarla. Fatiga contarla, y a Bolívar, el Hombre-Hombre, no le fatigó hacerla. Pasemos a sentirlo ahora como estadista, como mandón, como conductor de pueblos. La vida de Bolívar y él personalmente fueron acabadamente estéticos; pero no es el siglo XX—pelea, dolor, avance—siglo para andar escarbando esteticismo de hombres y de existencias. Lo que a un hombre actual puede importarle de Bolívar, es la trayectoria, la enseñanza, *su filosofía*, en una palabra. Siglo de soluciones, no de poemas. En forma tumultuosa—porque el tumulto es siempre un desorden organizado, porque de Bolívar no se puede hablar más que tumultuosamente—pensaremos sobre el Libertador de América.

## LA HISTORIA

Que Bolívar conoció a sus pueblos no tiene discusión. Los conoció desde el primer momento de su vida pública. Pero henchido aún por Plutarco y romantizado por Chateaubriand, Bolívar no se decidió fácilmente a abandonar algunas de sus más caras utopías juveniles. Fue romántico hasta el pre-Bolívar, cuando "hacía cosas grandes para decir cosas bellas". Puede afirmarse que entonces, Bolívar, al realizar una hazaña ya pensaba la frase que la había de consagrar. Por algo Bolívar usó un sombrero impresionante, dejando ver "el caballo rico y floreciente", por algo en las barricadas parisienses se

oyeron canciones con el nombre del sudamericano. Bolívar tuvo una época de misticismo español purísimo. La declaración de Trujillo, la proclama homicida de la guerra a muerte, no andan muy lejos de la imprecación de Caracas ni del juramento romántico del Aventino. Bolívar quería el bien de todos y para todos. Lo quiso tanto, tanto, que se olvidó de la estadística y se acordó más de la retórica. Pero la razón había de tomarlo más tarde. Con todo, Bolívar siempre sostuvo su idea de ver feliz al ancho Continente que le tocó libertar. Siempre lo sostuvo Bolívar y es por eso que toda su vida, aun la de los últimos días, conserva la chalina romántica. Bolívar no pudo nunca romper de plano con su ilusión de revolucionario, a pesar de las realidades que como militar y jefe palpó: se respetaba demasiado, se estimaba demasiado para poder cortar de un tajo todo un pasado de ensoñación política. No es que ignorara Bolívar la mala arcilla de América, no es que confundiera a sus pueblos desenfrenados y rudimentarios con los pueblos de Europa.

Los últimos días del Libertador son una nube de dudas. Bolívar sabe que sólo él puede ser el mandón—Dictador, Tirano, Emperador: mandón, en fin—y que si no lo es la América caerá en la más espantable demagogia. Pero sus escrúpulos de patricio lo obligan a presentar la renuncia irrevocable. "Oíd mis súplicas, legisladores; salvad la República; salvad mi gloria que es de Colombia", dice al Congreso de Bogotá ocho meses antes de su muerte. ¡Salvad mi gloria que es de Colombia!... Frase que encierra la desesperación del Hombre, temeroso de que la política infame y la propia ambición le echaran abajo su poema homérico. El comprendía necesaria, urgente, la tiranía; pero por respeto a su pasado y a su nombre, no se atrevió a ir a ella. Le faltó eso, sí, le faltó ser más tiránico para ser mejor. Si su figura de Libertador se agiganta, los destinos de la América se empañan con el cuadro de la anarquía que él pudo evitar o al menos retardar. De lo que resulta que Bolívar fue más un estadista y un sociólogo—un Doctor en Derecho Público lo llamó Eugenio María de Hostos—que un político. Fue un realista, pero tan noble y tan limpio, que no se atrevió a poner las manos en el barro hediondo de la demagogia. Si hizo de la nada durante la guerra—un inglés afirma este milagro—ya en la paz no quiso hacerlo. Consideró irremediable el padecimiento de América, sin justificación su tarea: prefirió la muerte a una falsa gloria.

Antes de ser el jefe, sí tuvo Bolívar ilusiones platónicas. Fue místico. Pero no podía seguir siéndolo aquel espíritu alerta, abierto a todas las verdades. Con el tiempo había de asentar los pies en la tierra, sin que esto impidiera que su cabeza continuara purificándose en el cielo. He ahí su grandeza: su complejidad vertebrada. Ya en el manifiesto de Cartagena, en plena violencia mística, dice estas palabras sobre los legisladores de Caracas, cargadas de realidad política.

limpias de misticismo suicida: "Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del género humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal que bien pronto se vio realizada." Habían bastado una derrota, una expulsión, una marcha militar victoriosa, para que este hombre contemplara las cosas de su tamaño cabal. No, Bolívar no fue entonces un romántico; pero en muchas ocasiones sí procedió como romántico por respetar la clásica línea antigua, por no embarrarse de lodo y sangre las manos. Mató, claro que mató, cuando la justicia y la salud de los pueblos lo exigía; pero sólo entonces. Supo respetarse y respetar el juicio de la posteridad. En 1827, en vez de fusilar a Páez, va y lo abraza. Y lo llama "el salvador de la patria". Flaqueza, dice Lorain Petre... No: respeto de su nombre. Fusilar entonces era caer en el caudillaje. Bolívar fue demasiado grande para poder ser caudillo. No quiso ser rey, menos quería ser amo sin corona. Indudablemente esta aristocracia venía de las rancias y serenas virtudes de sus antepasados de Vizcaya y de su espíritu plutarquizado, respetuoso de la gloria propia y de la ajena. "El título de Libertador, dice a Páez, es el mayor de cuantos ha recibido el orgullo humano. Me es imposible degradarlo." Cualquier caudillo americano hubiera aplastado nombre, tradición y gloria por el afán de aplastar pueblos y de medrar con su desdicha. Esta resistencia de Bolívar habla de su inmensa generosidad.

Quiso, sin embargo, legalizar la actuación de los caudillos, y para ello escribió su Constitución de Bolivia, paradigma de Constitución americana. Es el caudillaje elevado a la categoría de ley, pero con las taxativas que hacen benéfico el caudillaje. Bolívar era un revolucionario, "un abridor de vías", aun en el mismo momento en que las circunstancias lo colocaban en la situación de caudillo y de amo de América. Legalizó así el caudillaje y no quiso aprovechar esa legalización. Lo había hecho para la felicidad de América, no para la suya. Proponía un poder central fuerte, "sobre el cual gire todo lo demás"; dos cámaras—las dos clásicas—con poderosas atribuciones previamente definidas, y una tercera de censores, para cuidar y moralizar a pueblos inmorales. "Fue el único que completó a Montesquieu—piensa Hostos—, pues agregó a la noción del filósofo político de Francia lo que efectivamente le faltaba." La disminución de elecciones y el centralismo que en México supo sostener Alamán, evitaban el cacicazgo sangriento y la feroz riña democrática. Con república

federal o sin ella todos los grandes organizadores de América han tenido que recurrir, ignorándolo a veces, a las observaciones de Bolívar. Lo que así realizó Bolívar fue el paso de la monarquía a la república. "No se andan de un salto las edades extremas de un pueblo", opinó Alberdi.

El manifiesto de Cartagena, en que Bolívar pinta el cuadro del romanticismo político; la Carta de Jamaica, en que proyecta sus profecías en un siglo de acierto; su entrevista con San Martín, durante la cual defiende la idea republicana en contra de la monárquica, con visión certera de la imposibilidad de establecer en América el régimen combatido implícitamente por la independencia; la organización del Congreso Panameño y la Constitución de Bolivia, que acabamos de observar, son más que gloria para un estadista que fue estadista entre otras cosas.

El ideal internacional de Bolívar no fue menos genial, y genial sin ser utópico. No pidió nunca Bolívar la supresión de fronteras. Pidió la creación de un Congreso "que nos sirviera de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias". Para ello reunió el Congreso de Panamá. Desgraciadamente, por la equivocada intervención del general Santander, no tuvo cuna allí la union hispana del Nuevo Mundo, sino—con la asistencia de los Estados Unidos—la protección utilitaria y degradante de nuestros vecinos del norte, con el engañoso nombre de panamericanismo.

No es eso todo en cuanto a visión internacional. Bolívar sentó las bases del Derecho Público Americano. Determinó, en justicia y en ley, el *uti possidetis juris* de 1810 para la demarcación territorial de América, evitando así mayores desenfrenos patriotericos por la adjudicación de un pedazo de tierra. "Y por el tratado concluído el 6 de enero de 1822 entre la antigua República de Colombia y el Perú—tratado que es obra exclusiva del Libertador—, se proclamó solemnemente el principio novedoso del arbitraje internacional."

Respecto al reconocimiento de un gobierno por otros gobiernos, he aquí la Doctrina Bolívar: "La legitimidad de un gobierno deben examinarla sus súbditos y no los extranjeros. Yo no sé realmente la obligación que tendría ningún extraño para pedir los títulos de nacimiento a ningún gobierno." La Doctrina anda en el ambiente y no se recuerda quién fue el autor.

Por esto y por haber ejercido influencia en la América entera, es Bolívar el americano clásico. Por esto y porque se le llamó de la Argentina, del mismo México. El Brasil le rindió pleitesía. Cuba estuvo a punto de ser libertada por Bolívar. Cuatro pueblos le adeudan su organización y uno su nacimiento.

Bolívar fue el verdadero aristócrata, el hombre de minoría selecta nacido para mandar. Un aristócrata que nunca han podido imitar todos los caudillos—tigres de dientes de sable del período cainozoico rezagados en las cavernas de América—que han soñado tener con Bolívar un ilusorio parentesco. Fue un caudillo, dice José Verissimo, pero “no es el vulgar caudillo, vergüenza y flagelo de nuestras democracias rudimentarias”. Bolívar no robó fortunas ni usurpó funciones. Llevó sin mancha la espada entre las manos, en tanto que los vulgares caudillos de la América no podrían llevar con honra ni una escoba. Montalvo es el que lo dice: “porque la escoba se deshonoraría en sus manos”. Bolívar fue un conductor por selección y determinación, y a veces por la elección de los pueblos. “Hay patriotas para quienes la revolución es muy seria, en cuanto es una explotación tan fecunda como la agricultura. Si no he dado a la patria una fortuna como la dieron Bolívar, Martín Rodríguez, Portales y tantos otros, tampoco he ganado millones a la sombra de sus banderas, ni canonjías vitalicias con el título de generales cuando no son presidentes, de presidentes el día que no son gobernadores. Un patriotismo que produce 20,000 duros al año, palacios, honores, ¿puede ser sincero como lo es la industria misma?... Por eso no hay que llamar escéptico y burlón de la revolución al que venera a Bolívar, a Saavedra, a Córdova, a Portales, porque todo lo dieron por la patria y sólo recogieron pobreza, abandono y olvido. Es Alberdi el que lo dice, con la autoridad de su vida inmaculada. Bolívar fue un mandón, por antonomasia; pero no un mandón por asalto ni un mandón por delegación extranjera. No se confunda la espada que sostuvo principios, con las macanas prehistóricas que en América los aplastan.

Insistamos aún. Bolívar no fue emperador porque se negó a serlo. Le pidieron sus generales que los transformara en lacayos, y él se negó a transformarlos. Fue tan grande que no conoció ni la voluptuosidad de ser amo de nadie, pudiendo haberlo sido de todos. Don Pedro, desde el Brasil, lo llama “el hombre más ilustre del Nuevo Mundo”; Bernadotte, rey de Suecia, dice vanidosamente que entre Bolívar y él hay mucha analogía, una analogía que sólo el pobre Bernadotte encuentra; y el sobrino de Kosciusko, el patriota polaco, escribe que “ha atravesado el diámetro del globo, exaltado por las glorias del Libertador, para tener la honra de servirlo”. Y Francia e Inglaterra lo instan a que se corone. No fue un escritor americano, no fue tampoco un español, sino un francés—¡y qué francés!—, Benjamín Constant, quien escribió en París: “Si Bolívar muere sin haber ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En los pasados no tiene semejante.”

Fue para otros un mandón en el sentido místico; pero—y esto es lo que importa—no para él. No explotó su estrella, no estuvo engañando con el mito de la protección divina. Dijo, en palabras que ante-

ceden a Marx: "Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? . . . Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos para siempre lamentables. Apenas puede suponerse simple instrumento de los móviles que han obrado en Venezuela. . . ." "Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado para redimir a Colombia." Por algo Pereyra, en su "Diario de Bruselas", pone al anciano que Bolívar hubiera sido en amistad con el padre del materialismo histórico.

#### EL DESILUSO

Más que todo comentario sobre sus últimos días, consignamos algunas de sus frases quemantes:

"Un país que está pendiente de la vida de un hombre, corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte de los dados."

"La América es ingobernable. Los que han servido a la revolución han arado en el mar. La única cosa útil que se puede hacer en América es emigrar."

"No hay buena fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; la libertad, anarquía; las elecciones, combates, y la vida un tormento."

"Los españoles se acabarán bien pronto (en la América, se entiende); pero nosotros, ¿cuándo? Semejantes a la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña."

"Creo que, sin mucha exageración, este puede ser llamado el hemisferio de la anarquía. No dudo que semejante cúmulo de desórdenes contribuya a abrir los ojos de los ilusos y dé ocasión de ver claro a nuestros amigos de Europa, convenciéndolos al mismo tiempo de que mi conducta y principios son demasiado moderados para gobernar este país."

"No hay día, no hay hora en que estos abominables no me hagan beber la hiel de la calumnia. No quiero ser la víctima de mi consagración al más infernal pueblo que ha tenido la tierra: América, que después que la he librado de sus enemigos y la he dado una libertad que

no merece, me despedaza diariamente, de un extremo a otro, con toda la furia de sus viles pasiones."

Y el diez de diciembre, antes de entrar al lecho mortuario:

"He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. *Yo los perdono.*"

Un español, el Marqués de Mier, "va a prestar una camisa para vestir el cadáver de este sublime indigente", siete días después.

Es Alonso Quijano el Bueno. El de Cervantes dijo: "El hacer bien a villanos es echar agua en el mar." El de América: "Es arar en el mar." Unamuno, el último Quijote, también lo apunta. Y si la obra de Bolívar sigue inaplicable, no es culpa de él, sino de los galeotes mismos.